



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly 54, entre Habana y Compostela.

SEMANARIO SATÍRICO.

DIBUJANTE CARICATURISTA
Víctor P. de Landaluze (D. Junípero.)

Año II.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA	
Un mes.....\$ 1,,	Un año.....\$ 10,,
Seis meses.....\$ 5-25	Núm. suelto.....,, 25

Habana 21 de Mayo de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION EN EL INTERIOR.	
Tres meses.....\$ 3-75	Un año.....\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7,,	Núm. suelto.....,, 30

Núm. 29

SUMARIO.

Texto.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Jeremías II, por Juan de Austria.—La insurreccion vista desde un estómago, por Juan Lanos.—Cuentos de manigua: Las dos barajas, por Juan Sin-Tierra.—En un álbum de flores, por R. de Medina.—Epístolas á JUAN PALOMO: de Nueva York, por John Bull; de París, por Federico de la Vega.—Bozeto á la pluma de Ríos Rosas, por G. B.—Régia munificencia (poesía), por Federico de la Vega.—Sartenazos.—Boletín bibliográfico.

Caricaturas, por D. Junípero.

MENESTRA SEMANAL.

Lo primero es lo primero, y ántes de dar los buenos días á mis lectores, me quito la gorra, me cuadro, y con la verdad en la boca y la sinceridad en el corazón, saludo al ilustre Conde de Valmaseda por su feliz regreso á la capital.

Bien venido sea!

No puedo callar lo que siento: es uno de mis defectillos que no se me quede nada en el buche; por eso digo y repito y repetiré, aunque se junte el cielo con la tierra, que la actividad de nuestro Capitan General no tiene límites, y que sus visitas á determinadas jurisdicciones de la Isla son de gran provecho para la causa nacional.

El general Villate no se ha limitado ahora á visitar poblaciones: ha recorrido los campos y se ha presentado en los sitios de peligro.

Bien de la patria merece el que así obra; pero, mi general, prudencia: V. E. no tiene el derecho de exponer su vida; para eso estamos aquí los peones, los que formamos á la cola y que poco importa que nos suprimamos, si lo hacemos en provecho de la patria y metiendo ántes el brazo hasta el codo en el pecho de nuestros osados enemigos.

Bien venido, mi general; JUAN PALOMO se complace en felicitar á V. E.

Entremos en materia.

Estábamos viviendo aquí muy tranquilos en esta Isla siempre fiel... hasta cierto punto, sin presumir que teníamos un hueco por llenar. ¡Mire usted qué cosa tan extraña!

Yo confieso con sinceridad que no lo había echado de ver; y eso que no soy de los que ménos miran y se fijan en todas las cosas.

Tengo un vecino que usa granos en la cara y anteojos azules, y un génio de todos los demonios y sus esposas: he reparado que mi vecino se esconde todos los sábados para librarse de las importunas visitas de los ingleses; pero lo que es lo del hueco, ni se me ha pasado por la imaginación.

Y sin embargo, mi vecino y yo y los parientes de mi vecino y los míos (mejorando lo presente), y todos en general, teníamos un hueco, que gracias á Dios, y en buena hora lo diga, parece que ya se ha llenado.

O miente un papel impreso que he visto yo, y que se llama *La Constitucion*, que viene á llenar un vacío, y yo me pierdo en conjeturas para averiguar de qué manera ha visto ese vacío.

Pero que lo ha visto es tan cierto como que no hay más que sacarse un ojo para quedarse tuerto (no siéndolo ya anteriormente) y que Azcárate nos hace el favor de prestarse á servir de tapon.

Hará el oficio de corcho. No es nuevo en él, y por lo tanto, lo hará á las mil maravillas, con lo cual el periódico nuevo cumplirá perfectamente su mision de llenar el consabido hueco.

¡Lo que es la ignorancia!

Nos encontrábamos tan convencidos de que los Intereses de España en Cuba los sabíamos nosotros defender tan ricamente, unos con la pluma, otros con la palabra, y todos con el corazón y con el fusil en la mano; pero resulta ahora que no había quien supiese defender semejante cosa, y ese es el hueco que vió Azcárate, yo no sé de qué manera, y que ha venido á llenar *La Constitucion*.

Ahora me explico yo por qué no podía dormir: lo atribuía á los mosquitos; pero estoy viendo que era porque me faltaba á mí, como nos falta á todos, una cosa como *La Constitucion*, que viniese á enseñarnos á defender nuestros intereses.

¡Qué sería de nosotros, pobres ignorantes, sin la vista perspicaz de Azcárate, que todo lo descubrió hasta el modo de enviar á Zenea á la Cabaña.

Pero, señor, ese hueco! ¿dónde estaba ese hueco que *La Constitucion* quiere llenar?

Que lo llene; pero yo me confundo; digo que me confundo.

Veamos cómo se presenta el nuevo periódico que dirige el hombre de los arreglos, el compinche de Zenea.

Antes de publicarse el primer número, demanda por injuria y calumnia á los periódicos que han dado la voz de alerta, alarmados con aquello de las dos rebeliones que *La Constitucion* viene á combatir.

Golpe de bombo: ¡bom! ¡bom! ¡bom!

¡Qué travieso soy! habrá dicho para su capote el flamante director.

Elogia, sin embargo, á la primera Autoridad de Cuba por sus actos.

¡Ya lo veo á usted venir, Maquiavelo!

Habla mucho de patriotismo, y de españolismo, y de constitucionalismo, y de todos los acabados en ismo.

Tengo el sistema de poner en duda las cualidades que algunos se atribuyen á sí mismos.

Cierta clase de mujeres tienen siempre en la boca la frase: "soy un señora."

En cambio, las verdaderas señoras jamás la pronuncian, ni tienen para qué.

Una persona es buena porque lo es, no porque ella lo diga.

El patriotismo se ha de traducir en actos, no en voces destempladas; ó si quieren ustedes que emplee un refrán vulgar para expresar la idea, diré que "obras son amores, y no buenas razones."

¿Me entiende usted?

Pues me parece que me explico.

En resumen: el periódico infunde desconfianza por la persona que está á su frente; pero en cambio no tiene nada de bueno.

Con ribetes de laborante, pero simple.

Enemigo de los voluntarios y del elemento español en Cuba, pero bastante mal escrito.

Yo no sé si el hueco que viene á llenar quedará complacido.

Me parece que ese hueco es el hueco que deja una idea patriótica, cuando no se tiene tal idea.

De todos modos, que aproveche.

JUAN PALOMO.

JEREMÍAS II.

Este mundo es un fandango, segun la opinion de algunos.

Este mundo es un valle de lágrimas, segun la opinion de los otros.

Vaya usted atando cabos. Pero átelos usted con mucha fuerza, porque los cabos son como el prestidigitador Maximiliano, que se desatan cuando más amarrados parece que están.

Por eso generalmente no nos entendemos.

Volviendo á lo del fandango y á lo de las lágrimas, mi opinion es la del inspirado poeta Campoamor, cuando asegura que

"todo es segun el color del cristal con que se mira."

El cristal por donde mira las cosas *La Revolucion* debe ser de color de ala de mosca, ó de color de viudo pobre, ó de color de inglés apremiante, ó de pagaré próximo á vencer, ó de hambre canina, ó de laborante en conserva, ó de cualquiera otro color de los más tristes.

Porque al mirar llora, como saben llorar los adoradores de Cubita Libre, que echan por los ojos potaje de habichuelas, en vez de lágrimas, y para suspirar hacen como quien quiere morder.

Los hombres de *La Revolucion* se limpian las lágrimas con escoba, como corresponde á su gerarquía, merecimientos y otras frioleras.

En un artículo llamado *Cuba sola*, han soltado el grifo del dolor, llegando hasta nosotros un chorro de lamentaciones que interesan, conmueven estre-mecen y huelen mal.

Como *La Revolucion* sólo llegan á leerla trece personas y algun laborante (¡13! número fatídico! la docena del fraile!), los *inteligentes* estamos en el deber de propagar las cosas buenas que contiene, y no permitir que pasen ignoradas grandes ideas, que han de dar contento al alma, sudor al cuerpo, tranquilidad al espíritu, mosquitos al verano y ganas de comer al hambriento.

Por eso voy á permitirme trasladar á estas columnas algunos párrafos del artículo en cuestion. Hago, ni más ni menos que lo que se está viendo todos los días. Las *columnas* recogen cuanto encuentran al paso en los terrenos de Cubita Libre.

Secuestro, en buena lid, lo que veo, y lo traigo para presentarlo ante el tribunal de la opinion pública.

El objeto del artículo, como ya indiqué en el número anterior, es quejarse de que el Congreso de los Estados Unidos se haya separado sin hablar ni una palabra de la insurreccion de unos cuantos cubanos.

¡Mire usted que la exigencia está en su punto!

Les parece á ustedes si los reverendos diputados ó senadores abandonaran sus casas, dejando á las señoras llorando á lágrima viva, y á los chicos rompiéndose el bautismo con toda la gracia que ellos saben hacerlo, cuando se ven libres de la autoridad paternal, para hablar de porquerías?

“Y sin embargo de que nadie se ha acordado de ella, *nuestra república subsiste*,” exclama con mucho énfasis *La Revolucion*.

Claro está; subsiste, como la fabulosa riqueza en el cerebro del loco, que nadie se atreve á disputársela.

Como yo no le dispueto al periódico mambí el buen gusto y la elegancia que salen á chorros de este parrafito que copio á continuacion:

“Hoy, que vemos cerrarse las cámaras de este país; hoy, que vemos dispersarse á los representantes del pueblo más libre de la tierra, después de haber estado cuatro meses y medio hablando de todo menos de Cuba; invocando y defendiendo los derechos de todos, menos los de Cuba; deslizándose sus dedos....”

¡Ave María Purísima! Este es estilo de ratero.

Eso de *deslizar los dedos*, debe haberlo escrito Quesada ó Carlos del Castillo, ó cualquiera otro *inteligente*.

Verdaderamente, hablar de Cuba en el sentido que desea *La Revolucion*, sería un *desliz* de los más gordos, no sé si de dedos ó de talones.

Si de lo primero, tendrían que enseñar las uñas los promovedores de la cuestion: si de lo segundo, andarían *horrados* (se escribe con *h* ó sin ella?)

Continúa haciéndose la ilusion de que habla el *papelito* insurrecto:

“El gobierno en quien tenía más confianza, le ha vuelto las espaldas; ella se ha quedado sola, pero así, ha demostrado tener la varonil firmeza del soldado, no la debilidad humillante del mendigo.”

Esto es lo que se llama discurrir con aplomo y con serenidad.

Porque yo ahora le vuelva á usted la espalda y me marche fumando un cigarrillo ó rascándome la pantorrilla izquierda, usted, que se queda sólo y re-negando de su estampa, *demuestra tener la varonil firmeza del soldado*.

Eso de *varonil firmeza* es estilo de D. Cirilo Villaverde, esposo de aquella esposa de marras.

Otra consecuencia lógica que se desprende, como se desprende una teja de un alero, de los argumentos de *La Revolucion*.

Cuando un mendigo pide, si le dan, demuestra una *debilidad humillante*, si no le dan, se le introduce en el cuerpo la *varonil firmeza del soldado*.

Porque nadie podrá negarme que el laborantismo ha pedido, como quien pide limosna, el reconocimiento de la beligerancia.

Le han vuelto las espaldas, como él mismo confiesa, y aunque no lo confiese, nos bastan nuestros ojos para verlo, y entonces *La Revolucion* demuestra, como dos y dos son cuatro, que el ser desairado de ese modo es tener la *varonil firmeza del soldado*.

Si la cosa no está clara, pónganla ustedes en agua hasta que se cansen ó se ahoguen.

Prosigamos; ó mejor dicho, dejemos proseguir al *papelito* insurrecto:

“Le ha vuelto las espaldas.... Pero Cuba le hará volver el rostro. Se lo hará volver, cuando la estrella solitaria, que es el *In hoc signo vinces* de Céspedes, surgiendo esplendorosa del seno mejicano, le lance un rayo de luz más viva que la del sol....”

¡Ay, qué bonito es este párrafo! Está puesto en un estilo astronómico, con algo de maquinaria pa-

ra esas evoluciones de volver el rostro y de volver la espalda.

Ya me parece que estoy viendo salir, *esplendorosa*, por supuesto, la estrella solitaria del seno mejicano. Y como, según parece, hoy por hoy, está sumergida y embarrancada en el susodicho seno, saldrá de las aguas con muchos moluscos adheridos y habrá necesidad de calafatearla y de limpiarle los fondos.

Aunque, á decir verdad, los *fondos* ya se los van limpiando á ciertos protectores de la estrella.

Digo, pues, y cuando lance aquel rayo de luz *más viva que la del sol*?

Por fuerza tiene que ser más viva! El sol ya no está para nada: él mismo me lo ha dicho muchas veces, en algunos ratos que mano á mano departimos amigablemente. Anteayer, sin ir más lejos, me decía:

—Ya me voy poniendo viejo y me canso del oficio. Mis aspiraciones son dejar mi puesto á esa *estrella solitaria*, que con los buenos maestros que tiene *La Revolucion*, llegaría á tener una luz más viva que la mía.

Y yo también lo creo así, aunque me esté mal el decirlo.

Continúo copiando:

“Lance un rayo de luz más viva que la del sol y le haga proyectar delante de sí su propia sombra, como para darle á saber que á pesar de todo y de todos, la Libertad ha prendido una nueva luminaria en el cielo de la América.”

Estilo de farolero del gas.

Llega Céspedes con una mecha encendida, ¡pif! prende una *nueva luminaria* en el cielo de las Américas, y sigue corriendo á encender otra en cualquiera otra parte.

Y cuando acabe, iluminacion general!

Atencion:

“O bien, si toda esperanza se perdiese, cuando la misma estrella, al hundirse en el mar....”

¿En qué quedamos?

Hace poco había de salir del mar la estrella, y ahora resulta que lo que hará será hundirse, en último caso.

Es decir, ni más ni menos que lo que hace cada quisque cuando ya no tiene con que pagar á la patrona.

Prometo asistir al espectáculo ese, cuando la estrella solitaria, en calzoncillos blancos, y desde lo alto de una roca, ¡paf! se zambulla en el agua, dándole un adiós al mundo.

Sigo trasladando:

“No encontrando más que una tumba en ese golfo de repúblicas que debió ser la cuna mimada de su vida, levante al cielo por todo el ámbito de nuestra patria una hoguera altísima, que con espantosos reflejos haga proyectar sobre la tierra de Washington una sombra de otra especie,—la sombra aterradorá producida por el incendio total de un pueblo heroico, agonizando en su mismo litoral.”

¡Qué calor!

Este párrafo abrasa: parece materialmente que está escrito para la víspera de San Juan, con sus hogueras y todo.

Y en medio de tanto fuego, vuelve á salir otra vez la *sombra*.—¿Será la de Nino?

La insistencia con que habla de ella me hace creer que Jeremías II, director de *La Revolucion*, por otro nombre, se espanta de su propia sombra. Es natural; tiene muy mala sombra!

JUAN DE AUSTRIA.

LA INSURRECCION

VISTA DESDE UN ESTOMAGO.

El estómago.—¿Quién vá allá?

Un desconocido, introduciéndose secretamente.—Un cacho de boniato.

El estómago.—Mal rayo te parta! ¿Quién te manda entrar?

El boniato.—Los dientes que mascan y la garganta que engulle: y aquí, para entre nosotros, también me ordena bajar ese mensajero tuyo que se llama *hambre*.

El estómago.—Sí; pero las instrucciones que le dí al mensajero no eran esas. Yo le encargué que pidiese algo más sustancioso.

El boniato.—Pues, compañero, conténtate con lo que te dan y no murmures, porque no está la Magdalena para tafetanes.

El estómago.—¿Te parece que soy un cualquiera, que me voy á tomar el trabajo de digerirte á tí? Mira, bonito soy yo para esas cosas! Yo estoy acos-

tumbrado á recibir la visita del jamon y de los pavos, y de las ricas viandas; con que figúrate tú!

El boniato.—Compadre, tú has oído leer el Evangelio?

El estómago.—Estoy sordo.

El boniato.—Porque entonces te habrias convenido de que dice *in illo tempore*....

El estómago.—A mí no me vengas con eso del *hilo*, porque nada tengo que ver con él. En ese ramo, lo único que me gusta es el *filete*.

El boniato.—Pues, límpiate, que estás de huevo!

El estómago.—¡Ay! Cuando? Hace muchos meses que no veo ese manjar ni por el forro.

El boniato.—Por la cáscara, querrás decir.

El estómago.—Pero, hombre, tú, que vienes de afuera, podrás decirme qué es lo que sucede para verme en la desgracia que me rodea? Antes recibia yo de todo: algunos días principalmente era una bendicion de Dios: costillas, gelatinas, pasteles, de todo entraba por esa puerta que tú acabas de trasponer. Y después que yo me ponía como un costal, bajaba un líquido que tenía mucha espuma y que á mí me parecía jabon para afeitarme. Luego salía una cosa de esa espuma y se le subía á la cabeza á mi amo, y á poco se quedaba dormido.

El boniato.—Pues, chico, poco he vivido en el mundo, pero me parece que lo que le pasaba á tu amo es que se emborrachaba, y que esa espuma era de vino de champagne.

El estómago.—Puede! Pero, dime tú, ¿por qué ha desaparecido todo eso? Ahora sólo me visitan hierbas y otras porquerías como tú.

El boniato.—Repórtate, compadre, porque si yo me empeño, te doy una indigestion que te cuesta cara.

El estómago.—Peor cuenta me tiene estar como un cuarto desalquilado.

El boniato.—Pues ábreme la puerta y allá voy á darte un poco de trabajo.

El estómago.—No pasas como no me expliques este enigma.

El boniato.—Hombre, yo poco podré decirte. Sólo sé que me encontré uno en mitad de un bosque y me recogió, y en seguida vino otro que se me quiso llevar, diciendo que él era general....

El estómago.—Me dejas atónito!

El boniato.—Y gritó mucho, diciendo que si no le obedecían, haría y acontecería, porque lo primero de todo era la patria, y él era general y hacia tres días que no probaba bocado. El otro le contestó que él era.... —¿A ver cómo dijo?.... Perfecto.... ó pirleuto.... ó prefeto.... ó prifato.... Ah! sí; perfecto; y que le correspondía á él comer antes, porque tenía hambre de tres meses.

El estómago.—¿Qué barbaridad! Pero el estómago de ese hombre, qué hacia? Tú ves? esos estómagos así, pusilánimes, son los que tienen perdida la clase. Las gentes se creen que todos somos iguales y nos tratan sin consideracion alguna.

El boniato.—Pues, señor, el caso es que los dos hombres empezaron á pegarse cachetes, gritando: ¡Viva Cuba Libre! Y uno de ellos me mordió, diciendo: ¡Viva la independencia! y otros, que estaban allí con caras muy escuálidas y con la barriga asomada á los ojos, para verme de cerca y consolarme de este modo, dijeron que eran independientes, y vuelta con la independencia y con Cubita Libre, y con la República.... qué sé yo!.... la mar!....

El estómago.—Pero, hombre, independencia querrá decir hambre?

El boniato.—Yo creo que sí.

El estómago.—Pues te digo que con una racion más de independencia la entrego por el corbatin.

El boniato.—Ten un poco de paciencia, que aquí estoy yo para socorrerte.

El estómago.—Qué paciencia ni qué niño muerto, si no puedo más! Voy á contarte lo que he comido en el espacio de dos meses. Una suela de zapato, una canilla de buey, medio pliego de papel, una hoja de plátano, una corteza de coco, un pedazo de calcetín, un pagaré sin pagar y el tacon de una bota de la mujer de mi amo; con que dime tú si esto es independencia ó es un cuerno?

El boniato.—Hombre, yo entiendo poco de independencia y de cuerno, pero me parece que es cuerno.

El estómago.—¿Y qué quieren los que tanto gritan? Que yo me vea suprimido por medio de la union de la piel de la barriga ó la espina dorsal?

El boniato.—Quieren á Cubita Libre.

El estómago.—Pero Cubita Libre se come con

tenedor ó con cuchara? porque eso es lo que á mí me interesa.

El boniato.—Yo creo que se come con fusil.—Pero, hombre, déjame entrar, que aquí me estoy derriendiendo!

El estómago.—No se puede pasar! Yo soy un estómago de persona decente, que he asistido á muchas sesiones de *La Filarmónica* en Puerto Príncipe, y que me he puesto muchas veces al servicio de la patria, digiriendo como pocos después de un banquete.

El boniato.—Pues, amigo, la patria exige ahora que me recibas con amor y respeto, porque somos libres al estilo romántico.

El estómago.—A mí no me vengas con romanticismos; nosotros no somos independientes, sino hambrientos; lo cual es muy distinto.

El boniato.—Puede que tengas razón. Pero, oye: al otro extremo del camino donde estoy atravesado, hay una boca, y á esa boca le estoy oyendo gritar: ¡Viva Cuba Libre! Eso es señal de que tu amo vá á hacer alguna barbaridad; con que déjame la puerta franca.

El estómago.—Tienes razón: cuando el mambí grita, ó tiene hambre ó ganas de comer. Entra, pichón!

El boniato.—Allá voy.

El estómago.—Te veo de venir.

El boniato, agonizando.—Muerdo por la pát.... Y quedó digerido.

JUAN LANAS.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO CUARTO.

LAS DOS BARAJAS.

III.

El lector recordará que dejó al alférez D. Félix Pacheco, recostado en su catre, en el momento que iba á tomar la palabra. Quedó por unos momentos pensativo y me dijo en tono misterioso:

—Ante todo, debo hacer una rectificación: creo que ántes, al nombrar á varias hermosas camagüeyanas, delicias en otros tiempos de estos salones y hoy errantes por esas maniguas, he incluido á una, por equivocación de nombre, que no ha abandonado esta desgraciada ciudad. Sofia Adán ha permanecido al lado de su esposo y sufriendo entre los adictos á nuestro gobierno los horrores causados por sus imprudentes hermanos. El gran número de camagüeyanas que llevan este apellido, me ha hecho incurrir en aquella equivocación, que estoy en el deber de rectificar; recordando ahora bien los hechos, diré á usted, que no fué Sofia, sino sus hermanas Leocadia y Elvira Adán, las que de este apelativo volaron á los campos de la lúbrica independencia.

Sentado esto cual corresponde, comenzaré mi narración:

—Salí del Colegio militar muy lleno de ilusiones y de esperanzas, deseando encontrarme al frente de mis soldados, por que sentía dentro de mí cierto espíritu batallador muy conveniente en mi carrera; el día que me adorné los brazos con el ángulo y la estrella de mi graduación, corrí todo Madrid para satisfacer mi vanidad, recibiendo los saludos de los centinelas.

—Lo mismo hemos hecho todos, le dije sonriéndome. El día que estrené mi charretera en el hombro izquierdo, no me cambiaba por el Czar de Rusia.

—Es natural; pero en los tiempos que usted alcanzó, tenía mayor fundamento esa casi pueril satisfacción, porque entonces las mujeres se prendaban de los vistosos colores de las casacas, y estas hacían el primer papel en las reuniones; pero hoy, amigo mío, que las mujeres se han ilustrado con la educación, nos miran por encima del hombro; y ya ni los capitanes, á pesar de que dejan viudedad, les roban el corazón; quieren amar con seguridad de tratamiento; y así es preciso, para obtener su distinción, ofrecerles la mano con tres galones.

Sólo las niñas inexpertas, género que escasea, sufren ya ataques de alfería.

—Sin embargo; mi Carolina....

—No me hable usted de excepciones, porque yo también presentaré casos en contrario de mi aserto.

—Siga usted su historia.

—En España nada pasaba á la sazón, y como mi espíritu aventurero me lanzaba lo mismo á empresas peligrosas que á tierras desconocidas, paseándome un día por el mapa-mundi, fijáronse mis ojos en este suelo de Cuba, y no vacilé en pedir que me permitieran venir con mi empleo, lo cual me concedieron enseguida; sin duda presentía que España iba á necesitar aquí pronto de los hombres esforzados, pero no presentía que iba á dejar una pierna en este suelo.

—No se queje usted, amigo D. Félix, pues al fin escapó con el pellejo.

—Si no hubiera perdido aquí más que la pierna, aún me habría por contento; he perdido más, mucho más.

—¿De veras?

—Sí, D. Juan; he perdido aquí mi corazón. Y lo peor es, que cuando el corazón recibe una herida, no podemos llamar al físico del regimiento para que lo arranque de nuestro cuerpo; y tenemos que cargar con el muerto, dándole nuestro pobre pecho por perpétua sepultura.

En la sonrisa que vagó por los labios del alférez se dejaba adivinar por primera vez la ironía de la desesperación.

—Empieza á interesarme la historia de usted, le dije. Ya sé que concedieron á usted el pase al ejército de Ultramar, y anticipándome algo á la relación, que hay una Adelina, á quien deseo vivamente conocer.

—¡Ojalá no la hubiera conocido!

—Me recuerda esa jóven la célebre pregunta: ¿quién es ella?

—Ella, amigo mío, es una criatura que parecía arrancada de un coro de ángeles, pues la tierra no suele presentar creaciones tan perfectas. Y no crea usted que se distinguía solamente por su hermosura; había en su rostro algo de sobrenatural, de celeste. Baste decir á usted que me fijé en ella, aquí donde tanto abundaban las mujeres superiores, pues era muy difícil fijarse, por lo mismo que todas cautivaban. Cuando llegué á Puerto Príncipe, con un alma impresionable, con una imaginación meridional, y sobre todo, con diez y ocho años, me volvía loco, porque deseaba enamorarme de una, y me enamoraba de todas; no podía dar la preferencia á ninguna, pues apenas me detenía á contemplarlas al por menor, el género por mayor me hacía arrepentir de mi impresión.

—Vamos en busca de Adelina, interrumpí riéndome.

—Aún falta algo. El día de San Juan, día en que perdía el juicio toda la ciudad, pues era una bacanal ostentosa, debí también perder el mío; pasé muchas horas en el barrio de la Caridad, buscando una mujer con quien entablar correspondencia amorosa; y tal hubo de extraviarse mi cerebro entre tantas bellezas de primer orden, que cuando por la noche caí rendido en la cama, recordé que me había declarado á once muchachas; de las cuales, siete me habían aceptado con más ó menos entusiasmo.

—Pues eso acredita, mi buen Pacheco, que no era exacta la proposición que usted sentó acerca de la ambición de los jóvenes del día, porque no era usted entonces general, ni coronel, ni siquiera capitán.

—Es verdad; pero de las siete muchachas, ninguna había cumplido diez y ocho años. Eran capullos que apenas habían abierto en el jardín del mundo y que exhalaban todavía su purísimo aroma, conservando su primera frescura.

—Y ¿cómo se arregló usted con siete mujeres? pregunté riéndome.

—¡Ese era mi tormento! Y no porque fueran muchas, sino porque todas me gustaban, y quería amar á todas.

—¡Ave María! ¡qué universalidad!

—¡Debilidades de la juventud! Traté de escoger una sola, recordando que no estábamos en el bendito país de la Turquía, y pasé la noche en blanco, sin resolver el problema. ¿Cómo renunciar á los ojos de gacela de Fina? ¿Cómo olvidar la mirada de fuego que me había clavado Fáusta con sus magníficos ojos garzos, al pronunciar el monosílabo que hace feliz á los amantes? ¿Cómo perder la impresión de los labios de grana de Aurelia, que habían dejado escapar una dulcísima frase de correspondencia al suave movimiento de una sabrosa danza? ¿Cómo abandonar á Angela Mariana, cuya figura envidiaría la mejor matrona de la antigua Roma? ¿Cómo despreciar á Catuca, á Isolina y á Clotilde, si esta trinidad bien utilizada bastaría para sublevar al mundo?.... Necesitaba amar á todas, y no tenía alientos ni tiempo para consagrarme á tan espinosa como dulce tarea.

—Verdaderamente, el caso era extraordinario; deseo saber la determinación que se vió usted obligado á tomar en tan crítica circunstancia.

—Aquella noche, á pesar de que no dormí, nada adelanté; á la tarde siguiente, como el cristiano que corre las estaciones en Juéves Santo, fui de casa en casa, y perdí el día dirigiendo á una ciertas frases cariñosas, á otra una mirada de pasión, y á todas un guiño significativo; como corrí toda la ciudad, mis piernas se sublevaron contra la expedición diaria á que habían de obligarme mis compromisos, y la cabeza cayó en la almohada por la noche, evaporándose entre las exigencias de Morfeo los siete fantasmas de las mujeres, espíritus alados que me refrescaron con sus alas doradas la atormentada imaginación; y me dormí como un tronco.

—¿Y al día siguiente?

—Pasé sólo por la calle de seis de mis amores; Catuca habitaba cerca de la Vigía, y no tuve fuerzas para llegar hasta sitio tan retirado.

—¿Y al día siguiente?

—Aurelia y Angela vivían cerca del Cementerio, y las dí por muertas.

—¿Y al día siguiente?

—Pasé por delante de las casas de Isolina, Fáusta y Clotilde, que eran las que encontraba en mi itinerario, desde el alojamiento al cuartel.

—¿Y al día siguiente?

—Recibí siete cartas, pidiéndome la misma explicación; y

como era preciso resolverme, decidí que la suerte me marcara cuál de las siete había de ser mi único amor.

—¿Y cuál de ellas triunfó?

—Catuca. ¡Justamente la que vivía más lejos! Fui aquella tarde hasta la Vigía para verla. ¡Ay, amigo mío! ¡Qué preciosa estaba! ¿Cómo había renunciado á ella?.... Se podía hacer la expedición á Oriente, sufriendo todas las penalidades del desierto, que con tan negros colores nos pintan los viajeros, por contemplar la figura de Catuca asida á los hierros de su ventana.... Me entusiasmé, le pedí perdón, y le juré que la amaría toda mi vida. ¡Qué! ¡toda la vida me parecía poco para amar á una mujer como Catuca!....

—¿Y la amó usted mucho tiempo?

—No haga usted caso de las exageraciones de la imaginación de los hombres del mediodía. La mañana siguiente entré de guardia, y como pasé la noche en el cuartel, puseme á meditar sobre la locura que hacía en renunciar á las otras seis mujeres, que no desmerecían en belleza á Catuca, y que sobre todo, vivían más en el centro de la ciudad.

—¿Es usted un tipo original, amigo D. Félix!

—Era. Ya soy otro hombre.

—Deseo saber el desenlace.

—Aquí empieza mi historia. Al otro día se daba una gran función en la *Sociedad Filarmónica*, aquí mismo, y resolví no pasar por la casa de ninguna de mis amantes, puesto que asistiendo las siete á la fiesta, allí podría cumplir con todas, valiéndome de los recursos extraordinarios de mi travesura. Me acicalé bien, y vine preparado; al entrar en este salón, me detuve junto á la puerta, en el sitio que ocupa la cama de aquel teniente que ha perdido un ojo, y dá de noche muchos suspiros cuando está despierto, y muchos ronquidos cuando duerme; allí me alcé sobre las puntas de los pies para buscar las cabezas de mis siete tormentos; pero cuando hacia ese viaje de exploración, mis ojos se clavaron en los ojos azules de una mujer que no era ninguna de las siete. ¡Nó! ¡era un ángel de rizos rubios, de tez pálida, bella como la aurora, fantástica como una aparición, ideal como un ensueño!....

—¿Otra más?.... ¡Pues ya son ocho!.... ¡Es usted terrible!

—Era, amigo mío. ¡Aquella mujer valía más que las siete juntas!

—¿Sería Adelina?

—Sí: Adelina; Adelina, que hubo de comprender al instante el efecto que en mí hizo su presencia, y bajó los ojos. ¡Ya no era dueño de mí!.... Pero ¡silencio! que llega á visitarme D. Ruperto Casamayor, su apreciable tío.

Un caballero grueso, muy bien vestido y muy bien afeitado, entró en la sala del hospital, se acercó á la cama del alférez, y le estrechó las manos con muestras de profundo afecto, haciéndome ántes un saludo muy cortés, al que correspondí.

D. Ruperto Casamayor, ó sea el tío de Adelina, se sentó á la cabecera de D. Félix Pacheco, y la conversación se hizo general entre los tres.

Sin explicarme el motivo, se despertó en mí la curiosidad por conocer á fondo á aquel individuo, cuya presencia y modales, á pesar de ser distinguidos, no me inspiraban simpatías; y no tardé mucho en convencerme de que el corazón nunca engaña con sus movimientos.

(Continuará.)

JUAN-SIN-TIERRA.

EN UN ÁLBUM DE FLORES.

HELIOTROPO.

Cuando tu pecho se enciende
de amor con la ardiente llama,
y la pasión que te inflama
quieras que alguno comprenda;
y oprima en tus labios rojos
las palabras del pudor,
por ellos dirá esa flor:
—En tí se fijan mis ojos.

PENSAMIENTO.

Emblema del sentimiento
de alguna mujer querida.
¿Quién la flor del pensamiento
no habrá besado en su vida?

ROSA BLANCA.

En la mujer el pudor
es como la rosa blanca,
pura y delicada flor;
¡ay, si el soplo del amor
de su corazón la acrañca!

AZAHAR.

El aromado azahar,
cual aureola luciente,
debe tan sólo brillar
ceñido á virgínea frente;
pues en nívida blancura
es de la humana belleza,
símbolo donde fulgura
la inmaculada pureza.

Habana, 1871.

R. DE MEDINA.



¡9,000 premios contra 550,000 CAMELOS!!!—Lasciati ogni speranza....



Yo chupo, tú chupas, aquel chupa, á nosotros nos chupan, á vosotros os chupan, á ellos no los chupan.



Traje de las señoras para el bombardeo.



Esperando el turno para comer raton.

EPÍSTOLAS Á "JUAN PALOMO."

NUEVA YORK, 11 DE MAYO.

Pues, señor, como esto siga así, me veré precisado á colgar en la espetera la péñola destinada á los laborantes; porque has de saber que tengo una exclusividad para tratar de sus asuntos, como los pintores tienen una brocha para los trabajos menos limpios.

Tentaciones me dan de enviársela á Juan Lorenzo, porque sospecho que ha de serle á él de más utilidad que á mí en lo sucesivo; ya que con la partida de Azcárate, se fué de aquí el laborantismo para establecer sus reales en la villa del oso y del madroño.

La *Revolucion* está cada día más insípida y desabrida, la tijera es quien más trabaja en su redacción: Aldama ha escogido los periódicos de la Habana para dar á conocer sus comunicaciones al gobierno tráfuga: Jordan y Ryan se están quietos como postes: doña Emilia no dice esta boca es mía: la "Auxiliadora" no chista.

Si con estos elementos se puede escribir una carta que verse sobre el laborantismo, me declaro inepto y cedo mi puesto al más pintado.

El *Sun* es el único que de vez en cuando se descuelga con una pata de gallo; como el viernes pasado, que dedicó un largo artículo á probar que había muerto el Conde de Valmaseda, y el lunes último, que nos contó una ocurrencia que hubo en Nassau enteramente al revés de lo que había pasado.

Pero son tan propias del *Sun* estas barbaridades, que el día que no las comete, se queda uno como si no hubiese leído el *Sun*.

Recordarás que te anuncié que *La Revolucion* había suprimido un número semanal de su publicación, y yo, menguado de mí, en mi insuficiencia, atribuí esta resolución á un sistema económico, cuyo objeto era disminuir las salidas, ya que no era posible aumentar las entradas.

Ahora ya he salido de mi error.

Hay un instrumento llamado *sifon*, que sirve para trasvasar líquidos y cuya acción está basada en aquel axioma físico de que la Naturaleza tiene horror al vacío.

Se coloca la rama más corta del sifon en la vasija llena del líquido que se quiere trasvasar y la rama más larga en la vasija que ha de recibirlo.

Se hace salir el líquido por esta última rama por medio de la succión, y queda establecida una corriente continua, pasando poco á poco todo el contenido de la primera vasija á la segunda.

Pues bien: el señor don Nicolás Azcárate ha hecho las veces de sifon, para trasvasar el laborantismo de Nueva York á Madrid.

Ha nacido allí *La Constitución*, que es la vasija destinada á recibir el líquido, y como consecuencia natural, á medida que allí aumenta, disminuye aquí en la vasija titulada *La Revolucion*.

¿Comprendes ahora por qué apenas apareció *La Constitución* en Madrid, se acortaron las dosis del órgano de la Junta?

No lo dudes: Azcárate ha sido el sifon que vino á chupar el laborantismo para escupirlo en Madrid.

Y ya verás como el periódico de los dos Nicolases se irá llenando de ese líquido.

Al principio no se notará mucho, y aunque las primeras gotas no salgan claras, ántes bien, bastante turbias, no se verá la densidad é impureza del agua hasta que haya pasado de *La Revolucion* á *La Constitución* [hasta riman los dos nombres] una buena cantidad del veneno que contiene.

Pero ya debe estar pasando á la hora presente, porque, repito, *La Revolucion* se está poniendo muy insípida.

¡Mire usted que fueron tunos los dos Nicolases al poner el nombre de *Constitución* á su periódico!

Porque el día que le parezca bien á *La Constitución* declarar libre é independiente á la isla de Cuba, que no se hará esperar si la dejan obrar á su gusto, no habrá más remedio que acatar ese decreto, so pena de faltar á la *Constitución*.

¡Digo yo, si sabe Azcárate!

¡Y cuidado si tiene colaboradores, quiero decir, colaboradores *La Constitución*!

Yo plantearé el siguiente problema: Dado el número de plumas laborantes que escriben en *La Constitución*, averiguar las plumas.... de agua que trasvasa el sifon aludido más arriba.

O este otro:

Dado el número de galones de líquido laborante que contiene *La Constitución*, averiguar la clase de galones que desean para sus boca-mangas los directores.

Iba aquí á terminar esta epístola, cuando se me ha colado en mi escritorio un número del periódico ilustrado que ha botado al agua Enrique Piñeyro, titulado *El Mundo Nuevo*.

Es la *Ilustración Americana* ni más ni menos: lleva otro collar y pertenece á otro dueño, es cierto; pero no por esto deja de ser el mismo perro.

Por supuesto, sigue el mismo sistema adoptado por Thrascher, Loño y otros directores de *La Ilustración*, de no aparecer hosil á España, á fin de poder infiltrar el veneno inavertidamente.

Como si se necesitase decir una cosa para darla á entender en el siglo en que vivimos.

Y si no, pregúntaselo á don Salustiano O'zaga, que cree que para injuriar á una persona basta decir que Eva era una coqueta y Adán un libertino.

¿Quién no toma como propio un insulto dirigido á sus padres, aunque entri estos y él hayan trascendido la friolela de cinco mil años?

Está visto que no hay como ser Presidente del Congreso para coger afición á las antigüedades.

A mí me escriben particularmente de Madrid, que en vista de la teoría planteada por don Salustiano, el propietario y el director de *La Constitución*, *Nicolases* ambos, están determinados á despachurar al primero que se atreva á llamar borracho á Baco y traidor á Judas, por tener ciertas dudas acerca del parentesco de estos personajes con sus antepasados.

Me he alejado, sin notarlo, de la cuestión, y la cuestión es *El Mundo Nuevo*.

Pero ahí te mando el primer número, que para estar sabroso, sólo aguarda á que JUAN PALOMO lo presente en su mesa.

JOHN BULL.

PARIS, 14 DE MARZO DE 1871 (1).

Allá á mediados de Diciembre, cuando esta soberana barbaridad llamada *Sitio de París*, se hallaba en todo su apogeo, un número de la *Gaceta de Colonia*, encontrado en la mochila de un prusiano muerto en las líneas avanzadas del Bourget, nos anunció que las señoras berlinenses habían bordado una lujosa bandera, destinada á ondear sobre el palacio del Louvre el día en que S. M. imperial y real Guillermo de Hohenzollern, hiciera su entrada triunfal, á la cabeza de sus victoriosos vándalos y zuevos, en la corrompida Babilonia de las orillas del Sena.

Pero llegó el día de la rendición de París, ese día tan ansiado por todos los buenos alemanes; llegó el momento supremo de la triunfal entrada, y ni su mística majestad hohenzoller-nesca se dignó honrarnos luciendo por estos boulevares su decrepita catadura, ni tampoco vimos flotar en el asta-bande-ra de las Tullerías el lujoso trapo de las patriotas berlinenses.

La ausencia del buen Guillermo se explica hasta cierto punto: modesto y sencillo, á pesar de su nueva grandeza y de la corona imperial que los reyes y principillos alemanes le metieron por la venerable calva, no quiso exponerse á la ruidosa ovación que sin duda le reservaba el pueblo de París. Además, Mr. Thiers y Mr. Julio Favre, los patriotas negociadores de la paz honrosa ajustada el 26 de Febrero, hicieron presente á S. M. guillermina que la prefectura de policía había descubierto *siete mil bombas* sistema Orsini; que de los depósitos del gobierno de la *capitulación nacional* habían desaparecido una porción de quintales de dinamita, que los nacionales se habían apoderado de 227 piezas de artillería, llevándose cada uno las suyas á su respectivo barrio; que estos señores, exaltados por la dulzura de las condiciones impuestas, se hallaban decididos á dar una pesadumbre al gobierno y un disgusto á los generosos vencedores, comprometi-endo de paso con alguna calaverada intempestiva las inmensas ventajas que el país acaba de obtener por el tratado de Versalles, y que, todo bien pesado y medido, la prudencia aconsejaba no arriesgar un sangriento conflicto, esto es, un coscorron de *primo cartello*, por el placer de saborear el bollo de la triunfal entrada.

—Pero diga usted, Mr. Thiers, respondió el flamante emperador; ¿no sería posible que los parisienses evacuaran por un momento la ciudad? ¿No sería posible alejarlos durante cuarenta y ocho horas, tiempo suficiente para que mi majestad diera un paseo por sus calles y tomara una colación en las Tullerías?

—Alejarlos, Sire?

—De esa manera no habría peligro ninguno.

—Y ¿á dónde quiere V. M. que mandemos esos dos millones de infelices? ¿Qué diría la Europa de semejante disposición?

—Si la medida fuera posible, la Europa no diría una palabra. ¿No es verdad, Bismark?

El gran Canciller se inclinó en señal de asentimiento.

—Sire, responde Mr. Thiers enjugando una lágrima y pasándole el pañuelo á su colega Julio, ponga V. M. el colmo á sus augustas generosidades! ¡renuncie V. M. á esa entrada, que puede comprometer el fecundo y honroso tratado que con tanto afán hemos concluido! no exponga V. M. esa obra predilecta de nuestra elocuencia y de nuestra hábil diplomacia á naufragar en la orilla de nuestros patrióticos afanes!

—Sire, por el invisible y nunca bien ponderado plan estratégico de Trochú! añade Julio Favre con pañidero acento; ¡por aquella *puigada de tierra* y aquella *piedra de fortaleza* que yo no quería dar y que mi ardiente amor al país y mi respeto por mis propios *lapsus linguas*, convierten hoy en una cesión de dos provincias y diez y siete plazas fuertes, inclusa Metz!

—Sea; me rindo á esas poderosas razones. Renuncio á mi entrada, pero no á la de una parte de mi ejército.

Y ahí tienen ustedes el motivo por el cual nos hemos visto privados del inmenso placer de contemplar, en todo el esplendor de su gótica gloria, la noble y augusta faz del gran Guillermo, del ilustre jefe de los germánicos burgraves y de los moderados hunos.

En cuanto á la bordada bandera de las señoras patrióticas de Berlín, no pudiendo flotar con el decoro debido sobre las Tullerías, el emperador-rey dió orden de que se aprovechara en hacer un talego para meter una parte de la indemnización de guerra.

Amaneció el 19 de Marzo de 1871, día memorable en los fastos de la nación germánica y en el libro mayor de la nueva casa de comercio guerrero que la historia denominará bajo la razón social de Hohenzollern, Bismark, de Moltke y C^{as}. Con arreglo á lo convenido, tres hulanos entraron á escape á las diez y media de la mañana por la puerta Maillot, siguieron la *Avenue de la Grande Armée* y no pararon hasta la plaza de la Concordia. Tras ellos penetró por el mismo punto una primera vanguardia de bávaros, con el dedo en el gatillo del fusil y mirando á todas partes como si penetrasen en la guarida de un tigre, luego una segunda con no menores precauciones, á los pocos minutos una tercera, y por último, no oyéndose la detonación de ninguna mina volada ni de ningún torpede, entró un cuerpo de treinta mil hombres.

Ratificada la paz, los prusianos salieron de París en la mañana del 3, con la misma gloriosa pompa con que habían hecho su entrada triunfal. El mismo regimiento de granujas le sirvió de escolta hasta las fortificaciones.

Sin embargo, á la salida, convencidos los alemanes de que no había torpedos ni minas de picrato, rompieron la cadena que rodea el Arco de Triunfo, y pasaron por debajo del monumento con banderas desplegadas.

París cerró todos sus establecimientos en señal de luto, los periódicos suspendieron su publicación, y en muchos balcones ondeaba una bandera negra.

Unas cuantas mujeres de costumbres ligeras traspasaron la entrada de la calle Real, la línea fronteriza, y fueron al barrio que ocupaban los vencedores á exhibir, entre sonrisas de hielo, sus gracias de albayalde y bermellón. La muchedumbre indignada las arrancó de entre las manos de los alemanes, y los citados granujas, después de ponerlas en plera calle poco ménos que en el traje en que Eva se paseaba por las frondas del Paraíso, les administraron una azotina de padre y muy señor mío.

(1) Aunque recibida con mucho retraso, por la situación en que se halla la nación francesa, publicamos esta carta, que contiene detalles interesantes de sucesos pasados.

Al día siguiente, los prusianos entraron por grupos y medio á escondidas á visitar las Tullerías y el Louvre. Cerráronse las verjas de la plaza del Corrousel y hasta se pusieron cortinas delante de los barrotes de hierro, para que el pueblo no viera desde el muelle y desde la calle de Rivoli á los teutones de Guillermo. Pero estos cometieron la imprudencia de asomarse á la galería que dá sobre la plaza del Louvre, y entónces empezó la lluvia de patatas y de trochos de coles. Un batallón de guardia nacional, que ocupaba la plaza con los fusiles en pabellones, echó mano á las armas, y hubiera habido un conflicto si los oficiales franceses que acompañaban á los visitantes no les hubiesen hecho comprender la inminencia del peligro. Los alemanes renunciaron á su visita artística.

Voy á terminar esta carta con un gracioso incidente ajeno á la política.

Hace tres meses, cuando todo el mundo había perdido en París hasta la memoria de lo que era una chuleta, nuestro señor arzobispo publicó una pastoral, permitiéndonos generosamente comer carne en los días de vigilia.

Hoy, después de cinco meses de abstinencia, y cuando empezamos apenas á reponernos, Su Illma. publica una segunda pastoral, recomendándonos el ayuno en la Santa Cuaresma.

¡Ayuno á los pobres anémicos de París!

¡Válgame Dios, y qué cosas tienen los venerables arzobispos! Se conoce que en la mesa de Su Illma. no figuraron las pepitorias de rata ni el estofado de perro.

FEDERICO DE LA VEGA.

BOCETOS A LA PLUMA.

RIOS ROSAS.

Hé aquí una gran figura de la historia contemporánea.

En ella tenemos que admirar las altas prendas que le adornan, su voluntad de hierro, su carácter enérgico, su corazón de león.

Esencialmente revolucionario, con todas las condiciones para arrastrar á las masas, tiene en su conducta política, en sus actos particulares y en su palabra avasalladora, un poderosísimo talisman, una magia que hacen de él el verdadero tribuno.

Su desgracia es no haber amado la libertad sólo por ser la libertad, sino para convertirla en instrumento del poder dirigido por él.

Le hacemos la justicia de concederle esta ilusión, y atribuímos sus disidencias, sus irritaciones, sus calenturas de oposición al choque con la realidad.

Quiere ser liberal y ser conservador; quiere ser tribuno y ser gobierno; pero no es más que un revolucionario de guante blanco. La prueba de ello es que en los momentos difíciles, deja de ser el blando aroyo que acaricia las flores, para convertirse en el impetuoso torrente que todo lo devasta; y entónces su palabra conmueve y entusiasma, y el pueblo, que es generoso, le perdona sus condescendencias con el poder, le admira y le exalta.

Indómito por naturaleza, no puede vivir dentro de un partido; su criterio es su bandera, y preciso es confesar que cuando se equivoca, no es por su propio interés, sino porque le ciega la pasión.

Hombre de parlamento, en el gobierno no ha podido hacer nada más que luchar y ser vencido, no por la fuerza, sino por la habilidad.

Pero quíale la multitud de amigos y parientes que le rodean, y á quienes en sus buenos tiempos tiene que repartir el presupuesto, porque es amante de auxiliar y proteger á todos los que se le acercan, y vereis en su carácter, en sus actos políticos, en su elocuencia, en su noble soberbia, en su figura, en todo, el sello de un hombre superior.

Nació Rios Rosas el año de 1812, en Ronda, en el seno de una modesta familia. Fué su padre D. Francisco de los Rios Zambrano, célebre abogado, que concurrió como diputado á las Cortes que en Bayona se celebraron durante la guerra de la Independencia.

Era la familia del Sr. Rios Rosas conocida por sus opiniones liberales, y fué víctima de persecuciones sin cuento en el fatal período para España de 1823 á 1833, persecuciones que alcanzaron al mismo D. Antonio de los Rios Rosas, que entónces sólo se ocupaba de su estudios y carecía de toda significación política.

El año 33 empieza á figurar, el 37 ocupa un puesto en el Congreso, el 39 aparece de jefe civil en Málaga. Delicada era la misión confiada al nuevo jefe político. Málaga ha sido siempre una provincia exclusivamente dominada por dos causas que la hacían difícil de gobernar: su amor al negocio mercantil que buscan por todos los medios, incluso el contrabando, y su exaltación en opiniones políticas. Progresistas exaltados entónces, como hoy exaltados socialistas, necesitaban un enérgico jefe para que el orden no se alterase á cada paso. Apenas había tomado Rios Rosas posesión de su destino, cuando estalló un movimiento revolucionario en aquella ciudad.

La serenidad, el valor y la sangre fría de Rios Rosas se mostraron de un modo visible. Acompañado de un solo ordenanza se presentó en la sesión pública del Ayuntamiento, foco del motín, y ayudado de su energía, logró apaciguar el tumulto: hizo levantar la sesión del Ayuntamiento, y con la cooperación de un piquete de tropas disolvió los grupos que circulaban por las calles. La ciudad de Málaga no volvió á ver alterado el orden durante su gobierno, y Rios Rosas consiguió no sólo verse respetado sino amado por su carácter al par que enérgico, no le é imparcial.

En 1840 fué por tercera vez elegido diputado por Córdoba, y conquista fama con sus discursos, y escribe el manifiesto de la coalición de la prensa renunciando su jefatura, en 44, siendo diputado redacta el Mensaje y la ley electoral de aquel año, el 47 pronuncia su notable discurso contra los puritanos, es nombrado consejero real y renuncia la plaza pensionada de Carlos III que le dan con motivo de las bodas de la reina.

El 48 consolida su reputación de orador, haciendo una oposición terrible al gabinete, el 50 le ofrecen por primera vez una cartera y la rehusa, el 51 figura en un incidente que no ha podido olvidarse, y se niega á aceptar otra cartera. No es la última que rechaza: después de las persecuciones del ministerio Bravo-Murillo, se niega á tomar parte en el de Lersundi, y ni el conde de San Luis logra que acepte un puesto en

el Supremo Tribunal, ni tan siquiera otro en la Comisión de los Códigos.

Adversario del ministerio que cayó en 1854, forma parte del ministerio de los tres días. La revolución le arroja de su puesto, pero respeta al autor del discurso sobre la inviolabilidad de los representantes del país, le admira en el banquete de la prensa, y escucha en las Constituyentes sus discursos, sintiendo que aquella voz (fuerza es confesarlo) no sea suya.

Durante el bienio desempeña la embajada de Portugal, y tiene la desgracia de formar parte del ministerio O'Donnell en uno de los momentos más solemnes de nuestra historia moderna.

En el poder, reforma la Constitución con el Acta adicional, paliativo que por no ser obra del carácter, sino de la conveniencia, no hace más que herir de muerte la Constitución.

Durante el segundo período de la unión liberal, desempeña la embajada de Roma, y consigue arreglar la cuestión de los bienes del clero.

El 62 renuncia la embajada y un título, contribuye a la caída de O'Donnell, y desde entonces, su deseo, más que gobernar al país, es dirigir la política, gobernar a los ministros.

No se puede negar grandeza a este deseo platónico, porque el de inspirador no es un destino que grave al presupuesto.

Jefe de la disidencia, algunos gobiernos le consultan como a una sibila; pero su rostro permanece impenetrable.

Sabe callar, sabe aguardar; pero llega un momento en que estalla: censura en el Congreso los actos de un gobierno, piden los diputados de la mayoría que se escriban sus palabras, el tumulto es grande, pero su voz domina el tumulto.

—Que se escriban, exclama, y si pudieran esculpirse en piedra, las mandaría esculpir.

Lo demás es reciente, y no hay para qué recordarlo.

Hoy creen muchos que le corresponde la jefatura de la unión liberal.

Triunfante la revolución de 1868, en que tan principal parte tomó este partido, el Gobierno, rindiendo justo tributo a sus altas dotes, le nombró presidente del Consejo de Estado.

Ronda y Jativa le nombraron sus representantes en las Cortes Constituyentes.

Elegido por Ronda nuevamente para las actuales, capitanea una fracción, que aunque adicta al orden de cosas establecido, se ha colocado en una actitud independiente.

Ríos Rosas, cualquiera que sea el porvenir que le esté reservado, será una gloria de la tribuna española, un ejemplo de carácter enérgico y un modelo de inflexibilidad, —y de irribilidad.

Popular a pesar de sus ideas, siempre que habla se llenan las tribunas del Congreso.

Hay una razón para que tenga simpatías: ha llegado a los más altos puestos del Estado, y es pobre y vive como un espartano.

Este hombre formidable es en la intimidad la bondad misma. Las letras y las artes le encantan. Es un apasionado lector de novelas: un día hizo esperar en su despacho a un ministro más de media hora por no interrumpir la lectura de un folletín de *La Correspondencia*.

Su casa es siempre modesta: desgracias íntimas le han dado a la soledad por compañera.

Hay quien dice que durante algún tiempo ha creído que sus enemigos trataban de deshacerse de él; excesos de su imaginación apasionada; refieren que él mismo salía muy temprano de su casa envuelto en una capa, y compraba su desayuno cada día en sitios diferentes; añaden que encerraba el agua y que no comía nada sin que antes probaran los manjares los que se los servían.

Serán patrañas; pero no son cosas inverosímiles, tratándose de un hombre tan vehementemente.

Amante de la juventud, ha hecho mucho por ella: desgraciadamente no ha sabido conservar a su lado a los que, con verdadera fe en su genio, hubieran sacrificado por él su vida. En cambio, ha criado cuervos.

Jóven aún, si no cumple su misión providencial, será siempre, como hemos indicado al principio, una gran figura de la historia contemporánea.

G. B.

RÉGIA MUNIFICENCIA.

I.

Es don Guillermo primero, el monarca victorioso, un rey con mucho salero: Dios al hacerle guerrero le hizo también *arato*.

El brillo que a su corona dá el laurel con que Belona cubre su augusta cabeza, no basta ya a la grandeza de su majestad teutona.

¡Su ambición todo lo abarca! y hoy que navega su barca por el mar de la conquista, quiere el ilustre monarca ser cumplido *camelista*.

No se entra, así, de rondón por las puertas de la historia, montado sobre un cañon y envuelto en sangrienta gloria, sin ser un poco guason.

Y aunque del augusto tarro en que suelta el rey la guasa es muy germánica el asa, contiene el régio cacharro una respetable masa.

¿Te haces, lector, una cruz de profunda admiración, al saber que hay un testuz que puede ser andaluz sin dejar de ser teuton?

¿Niegas el magno misterio de hallar en el megaterio la gracia de la gacela, y en un triste cementerio una alegre tarantela?

¿Dices que te quedas frío viendo a un alemán con chispa, que eso es mayor desvarío que dar a Ferrer del Río [1] una cintura de avispa?

¿Me juras por San Nazario que es un caso estrafalario, retozon y baladí, encontrar un dromedario con alas de colibrí?

¡Pues ríndete a la evidencia! ¡Existe esa enormidad! La Divina Providencia, en su incomprensible ciencia, se la dió a una majestad.

Gracias a esa absurda ley, hoy vemos a un grave rey poner de guason al mingo: es decir, al tardo bucy dar un gracioso respingo.

Prueba, compara, examina, y di luego francamente si has visto guasa más fina, más cáustica y excelente que la guasa guillermina.

II.

ALOCUCION DE S. M. A LAS TROPAS.

“Alemanes, soldados valerosos que en una y otra encarnizada lucha habeis puesto en derrota las legiones del galo audaz, que al águila de Prusia, en su arrogante y desmedido orgullo, quiso arrancar las victoriosas plumas, como si fuera el águila prusiana una débil y misera lechuza: heróicos vencedores de Reischaffen, de Sedan y de Metz, cuya bravura admira el mundo y entusiasmo al *Times*, al sesudo papel, que entre las brumas del cenagoso Támesis embolsa los federicos que mi mano augusta le suministra en merecido pago de sus abrumadoras aleluyas; Bravos teutones, cuyos altos hechos celebrarán con inspirada musa, en octavas de verso alejandrino, los grandes bardos de la edad futura; hijos valientes de la gran Germania, que habeis restablecido, con la ayuda de Dios, el santo imperio de la fuerza, de esa fuerza que algunos llaman bruta, sin notar que los brutos lo son ellos cuando así desprestigian y calumnian esa piedra angular de la justicia, esa perenne y sólida columna sobre la cual se apoyan y mantienen, por más que diga la insensata chusma de soñadores, todos los derechos, incluso el derecho de guarduña, el de pernada, el de mandar en posta millares de infelices a la tumba por un régio capricho, y el de uncíros, mis bravos alemanes, por la nuca a mi carro de triunfo en cuanto meta a estos pobres franceses en cintura; perincitos biznietos de Pergubrios, de aquel dios Pan de nuestra antigua Prusia, que salió, como Vénus, de las olas, de entre la blanca y pegajosa espuma de la cerveza; dignos descendientes de las pujantes y terribles turbas que al mando del glorioso Genserico en la cesárea Roma hicieron una de pópulo, probando a las edades pretéritas, presentes y futuras, con aquella tremenda salvajina, que nuestra raza es una raza gluvia, raza que tuvo y tiene y tendrá siempre feroces consanguíneos en Getulia; invencibles falanjes alemanas cuyos férreos cañones hoy trituran el odiado poder de los que en *ilto tempore* nos sentaron las costuras; vengadores de Jena y de Valmy, de Dresde, de Sutzen y de otras muchas palizas soberanas que no cuento, porque mi patriotismo se fulgura y la rabia me sube hasta los ojos al recordar tan numerosas zurras; hercúleas huestes de la noble tierra que el histórico Rhin baña y fecunda; hábiles fabricantes de chacina, macizos comedores de *chucruta*, salud! vuestro monarca está contento de vosotros! En tres meses de lucha habeis desbarrigado más cristianos, con la ayuda de Dios, que gotas sudó un pobre panadero en diez semanas; y eso que todavía nos alumbran, rojas hogueras de encendidas villas, de ciudades rebeldes a las justas exigencias de un pueblo victorioso,

prueban que si la espada ha sido ruda al horadar pellejos enemigos y abatir imperiales aguilluchas, no ha estado ociosa la incendiaria tea; elocuentes *jalones de cultura*, esas voraces llamas regocijan y hacen saltar en sus heladas tumbas a las sombras de Fichte, Kant y Goethe. *Donde pone mi polvo la pezuña, [dijo Atila] no vuelve a nacer yerba!* Donde planta mi ejército la suya, [puedo yo repetir con noble orgullo] tampoco vuelven a nacer lechugas. ¡Soldados! esas rápidas hazañas, que ponen en los cuernos de la luna mi nombre y vuestra gloria, ese heroísmo sin ejemplo en el mundo, esa bravura que todo lo avasalla, ese coraje que todo lo destruye ó lo chamusca, merecen alto premio, recompensa excepcional, insólita, mayúscula! haceros legionarios de una órden de águila negra, roja ó plumirubia, es imposible, porque tantas cruces y una *caballería* tan esdrújula no caben en los límites estrechos de nuestros estatutos. Una lluvia de ascensos, desde alferez para arriba, según lo que en los pueblos se acostumbra cada vez que un tricordio de alto fuste en favor de sí mismo se pronuncia, es premio desigual, que deja al pobre soldado raso con mayor rasura: ofreceréis seis litros de Borgoña por barba, tres kilogramos de pulpa, un pan de media arroba, un mondadientes, cuatro buenos cigarros y una cuba de kirsch por batallón, fuera un insulto a vuestra sobriedad; fuera una gorda, prosaica y miserable recompensa indigna de la casa brandeburga: fuera trataros, mis gloriosos héroes, como una tropa de salvajes puncas. *Nó, ¡valientes soldados! Tanta sangre, tanto heroísmo, tan penosa lucha, premio más noble y general merecen; un premio extraordinario, non plus ultra, que os haga reventar de puro orgullo; que desde la polaina hasta la punta del casco; y desde el jefe hasta el trompeta, os deje envuelto como en una funda, de irmarcesible gloria, que derrame sobre todos vosotros, como augusta prueba de mi grandeza campechana, un raudal, una trompa de ventura! ¿Esa desbarrigante recompensa? alemanes! tomadla y gritad: ¡hurra!!*

DECRETO.

“En atención a que mis bravas tropas han estado admirables en la lucha por su heróico valor; que en los combates han hecho mil prodigios de bravura; que bávaros, sajones, todos, todos los nobles hijos de la grande cuna germánica, han cumplido como buenos pulverizando, siempre con la ayuda de Dios, a los franceses; que han sufrido sin murmurar y con firmeza suma grandes penalidades y fatigas.... nombro a mi Fritz fed-mariscal de Prusia, y a mi sobrino Federico Carlos le concedo la misma entorchadura.”

III.

Envaina, buen lector, el escarpelo, y dime: ¿te has rendido a la evidencia? ¿has visto alguna rana con más pelo? esa piramidal magnificencia ¿no es un régio y mayúsculo *camelo* elevado a la undécima potencia? Hay gazonos que valen un tesoro y que merecen engarzarse en oro!

París, diciembre 10, 1870. (18^o días de sitio y hambre).

FEDERICO DE LA VEGA.

SARTENAZOS.

Por medio de una carta muy fina y muy atenta le piden a JUAN PALOMO que haga presente a la empresa del ferro-caril urbano las ventajas que reportaría al público y a la misma empresa el establecer billetes de abono para los que tienen necesidad de viajar mucho.

La petición es tan razonable, que la acojo como mía y la recomiendo.

Digo, y si logro el objeto, apénas me dará lustre ante el autor de la carta!

Compadre, he cumplido el encargo, con que venga ahora el consabido *insurrecto* en pepitoria que usted me ofrece.

* *

Mi amigo y colaborador Sepúlveda ha escrito y publicado en Madrid un nuevo libro que se titula *De doce a una*.

Con decir que el autor es amigo y colaborador, y que está escrito el prólogo que vá al frente del libro por Frontaura, basta para que comprendan ustedes que la obra es amena y chistosísima.

Pero cómprenla ustedes en nuestra Administración y no quedarán descontentos.

* *

[1] Literato español de mucho peso. [150 kilogramos].

Si el *Gran Bazar Patriótico Extraordinario*, será ó no será, al fin y al postre, un gran chasco para los empresarios, otros podrán vaticinarlo desde ahora, que JUAN PALOMO se limita á decir para su sarten: *al freír será el reír*; pero lo que sí puedo asegurar es que lo ha sido mayúsculo para un amigo. Este desgraciado derrochó más de 20 pesos en blanco, hasta que al fin pudo exclamar *¡eureka!* al abrir la papeleta numerada con el 1499. Abre gozoso el *Catálogo del Gran Bazar Patriótico*, etc., y asaz, mohino y apimentado leyó en la página 18:—"Del 1,496 al 1,513, 18 platos de China, de capricho, cada uno un premio."—*Del lobo un pelo*, dijo resignado al reclamar su premio, pero en vez del "plato de China, de capricho," le presentan otro blanco, de loza comun, y sin el número correspondiente.

Ahora bien: que en el bazar haya cedulillas mal engomadas, que se despeguen y desaparezcan, eso lo comprende JUAN PALOMO, y se ha visto en otros Bazares Patrióticos ordinarios; pero lo que no concibe, ni ha sucedido más que en el Bazar Patriótico *Extraordinario*, es la manganilla de convertirse en barro comun la porcelana de China y de capricho. Ay, *qué capricho!*

Un suceso ocurrido últimamente en Versalles, pinta gráficamente la superficialidad y la vanidad que forman el fondo del carácter francés.

Mr. Dupuis se ha suicidado.

¿Quién era Mr. Dupuis?

Mr. Dupuis era el contador de boca de Carlos X, Luis Felipe y Napoleon III; es decir, el intendente de la mesa.

¿Por qué ha puesto fin á sus días por medio del veneno?

Porque obligado á llenar las propias funciones cerca del nuevo jefe del Poder Ejecutivo, su amor propio ha sufrido de ser el mayordomo de un simple ciudadano, que ni aún particular nobiliaria tiene ante su apellido, y que se desayuna con un par de huevos y come con un muslo de pollo.

Mr. Dupuis no ha podido resistir á lo que él llamaba su desdoro: el recuerdo de Vatel,—que se pasó su espada por el pecho, porque el pescado faltó un día en un banquete oficial,—le atormentaba, y como Vatel, se ha suicidado.

Uno de estos días se le halló muerto en su lecho en el palacio de la prefectura que ocupa Mr. Thiers.

Tenemos datos auténticos sobre los nombramientos hechos por S. M. *in partibus* Carlos VII desde el 4 de Noviembre de 1868 al 22 de Marzo de 1871.

Atencion:

Capitanes generales de ejército, 5; tenientes generales, 54; mariscales de campo, 139; brigadieres, 687; coroneles y tenientes coroneles, 1,268; comandantes, capitanes y oficiales 12,876. Total, 15,029 empleos militares de todas graduaciones.

Resulta que D. Carlos cuenta con un personal de generales, jefes y oficiales independientemente de los verdaderos, para un ejército de 500,000 hombres.

Están acordadas las planas mayores de los regimientos, batallones de cazadores, escuadrones y baterías, con los mismos nombres que actualmente llevan, salvo la sustitucion de algunos, como Constitución, Vergara, Luchana, Mendigorría, etcétera.

Y lo más triste es que en muchas casas de locos hay cuartos desocupados, cuando podrian estar llenos; sí, señor llenos!

Ha llegado á nuestras manos un interesante libro, escrito por D. Luis María Arantave, hermano de nuestro querido amigo D. Enrique, Inspector general de Telégrafos de esta Isla.

Es una memoria completa y minuciosa de la *Caja General de Depósitos*, desde su creacion en 1852, y el señor Arantave ha enriquecido su concienzudo trabajo con datos curiosos é importantísimos.

Es una obra que honra á un empleado tan celoso y entendido como su autor.

Un periódico de Lyon publica una carta que supone dirigida por el presidente de la Asamblea francesa á Napoleon III. Dice así:

"Sr. Bonaparte: He recibido la protesta que habeis tenido á bien enviarme, relativa á la destitucion de vuestra dinastía pronunciada por la Asamblea.

Para contestar á este documento, en el que exponeis vuestras pretensiones, os remito la cuenta de lo que debeis á Francia:

- 1º Alsacia.
- 2º Una parte de Lorena, con Metz.
- 3º 5,000 millones de indemnizacion.
- 4º 3,000 millones de gastos de guerra.
- 5º 2,000 millones por daños y perjuicios.

Recibid, etc."

¡Me cachis! Tiene razon la carta; y el presidente de la Asamblea, y el periódico de Lyon y yo.

Porque yo digo lo mismo, y me quedo corto.

¡Viva el rumbo!

Un tal Sol Sauborn, de Merford, en los Estados Unidos, ex-sombrerero, ha dejado en su testamento disposiciones muy singulares. Ha legado su cuerpo á dos profesores de la Universidad para que le preparen por los medios científicos más ingeniosos y le coloquen en el museo anatómico. De su piel se han de hacer dos tambores y se han de regalar á un tambor amigo suyo, que todos los años al salir el sol, ha de tocar con ellos una marcha nacional junto á cierto monumento. Por último, los desperdicios de su cuerpo desechados por los anatómicos, han de servir para fertilizar un árbol que se plantará en un edificio público.

Compadre, el día que yo me muera tambien, dejaré mi cuerpo para que lo conviertan en tambor y lo toquen á todas horas al oído de los laborantes hasta volverlos tarumba.

Me carga tanto esa gente, que hasta después de muerto quiero hacerles daño. ¿Está usted?

A un tabernero de Boston le dió un parroquiano una moneda que resultó ser de plomo.

El tabernero, en un acceso de furor, dió una terrible paliza á su cara mitad.

Esta, no sabiendo sobre quién descargar su ira, dió un bofetón á uno de los mozos de la tienda.

El mozo salió á la calle, topó con un perro, y le arrimó un puntapié de mi flor.

Salió aullando el can, y enfurecido, mordió en la primera pantorrilla que se encontró á diente.

Esta pantorrilla pertenecía á un caballero, diputado por La Florida, quien en el acto fué á la Cámara y pronunció un discurso de oposicion sobre el tema de la estrignina, de los bozales y de la policía urbana.

El discurso produjo un horrible efecto; el pueblo de Washington aplaudió con frenesí al orador, y el ministerio se declaró en crisis aquella misma tarde.

¡Con que haga usted el favor de decirme á qué excesos puede conducir una peseta falsa!

Entre los mil delirios de que se ha ocupado la *Commune* de París, uno de ellos es levantar fondos para el pago de la indemnizacion de guerra por los siguientes medios:

1º La venta de Versalles á una sociedad anglo-americana, por 1,000 millones de francos.

2º La de Saint-Cloud á los alemanes para un establecimiento de juego, por 800 millones.

3º La de Fontainebleau, por 500 millones.

Lo mejor sería que se alquilaran los miembros de la *Commune* para hacer el oso.

Llamarian la atencion por la propiedad.

El que se ruborice que levante el dedo y que no lea este sartenazo.

Voy á llamar la atencion de la policía sobre un hecho.

En la Punta, ahí mismo, en las narices de usted, como quien dice, todas las tardes, á las cinco, se bañan unos mozalvetes *despreocupados* que se echan al agua á la ligera.... lo más á la ligera que usted puede figurarse, tomando la cuestion de la camisa para adentro. [En el nombre del Padre, del Hijo....] me ruborizo y me santiguo.

La cosa no puede ser más inocente, si no estuvieran por enmedio las buenas costumbres y los bandos de buen gobierno.

Con que, señora policía, cierre usted los ojos para no ruborizarse y procure sentar las costuras á los Adanes modernos. ¿Estamos?

Un pobre soldado francés gemía en el lecho de un hospital después de una sangrienta batalla habida con los prusianos. Aquejábanle con violencia sus heridas, y exclamó:

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

A sus voces acudió una hermosa joven, hermana de la Caridad, y le dijo:

—¿Por qué invocas el nombre de Dios? Puedes decirme lo que quieras de él, porque yo soy su hija.

—Entonces, replicó el soldado con maliciosa sonrisa, lo único que pido á Dios es que me conceda la dicha de ser su yerno.

ADVERTENCIA.

Suplicamos á nuestros suscritores de Trinidad se sirvan recordar al señor

D. LUIS T. DOMINGUEZ,

ya que dá la llamada por respuesta, el pico [dinero, por otro nombre] que adeuda hace tiempo á esta Administración.

Por hoy no decimos más, suplicando á nuestros amigos que todos sus pedidos los hagan por conducto de D. Fernando Tagle, nuestro único agente en Trinidad.

BOLETIN BIBLIOGRAFICO.

17

LIBROS MODERNOS

RECIBIDOS RECIENTEMENTE PARA SU VENTA EN

LA PROPAGANDA LITERARIA,

O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

Historia crítica de la literatura española, por don José Amador de los Rios, individuo de número de las Reales Academias de Historia y Nobles Artes de San Fernando, decano de la facultad de Filosofía y letras de la Universidad Central, etc.—El mérito y la importancia de este libro, donde, como dice su autor, "si se revelan vivamente los grandes conflictos de la patria, templan y endulzan sus dolores las pacíficas glorias de sus preclaros hijos," está reconocido por cuantos se dedican al estudio de su literatura y al cultivo de las letras. Su autor ha empleado en escribir este libro una gran parte de su vida, allegando preciosísimos materiales, que dan novedad, interés é importancia á la obra. Se compone de siete tomos en 4º mayor, de más de 500 páginas cada uno, y se vende el ejemplar á..... **Rs. 272**

Coleccion de cuentos, por Carlos Rubio.—Este libro ha sido escrito por el autor durante su emigracion de 1866, ya en el camarote de un buque, ya en su alojamiento, ya en la prision.

Un volumen en 4º menor, de 280 páginas..... **Rs. 10**

Mis prisiones, por Silvio Pellico.—Contiene además los capítulos inéditos, un apéndice por Mr. Antonio de Latour, noticias históricas y biografías de algunos prisioneros de Spielberg, y las notas y explicaciones históricas extractadas y traducidas de las adiciones de Pedro Maroncelli.—Nueva edicion ilustrada con magníficos grabados en madera, de más de 390 páginas, en 4º, papel superior..... **Rs. 24**

El libro de los cantares, por D. Antonio de Trueba.—Sexta edicion, corregida y aumentada.—Las seis ediciones que de tan precioso libro se han hecho en pocos años, son la mejor apología de los *Cantares* de Trueba, que conocen todos los amantes de las bellas letras españolas, y que sabe el pueblo de memoria.—Esta obra, es tal su mérito, su belleza y su bondad intrínseca, que ha sido traducida á casi todas las lenguas de Europa.

Consta de un tomo en 4º menor, de 424 páginas y lujosa impresion..... **Rs. 12**

Obras de Julio Verne.—Edicion de Gaspar y Roig, ilustrada con preciosos grabados, en 4º mayor, de 80 á 100 páginas cada tomo, letra compacta. Van publicadas las siguientes:

Los ingleses en el Polo Norte.—*El desierto de hielo*.—*Cinco semanas en globo*.—*Viaje al centro de la tierra*.—*Los hijos del capitán Grant en la América del Sur*.—*Los hijos del capitán Grant en la Australia*.—*Los hijos del capitán Grant en el Océano Pacifico*.—*De la tierra á la luna*.—*Un descubrimiento prodigioso*.—*Veinte mil leguas de viaje submarino*.—*Al frente de la penúltima vó el retrato de Julio Verne*.—Precio de cada una..... **Rs. 4**

Aventuras por mar y tierra.—Obras del capitán Mayne-Reid, ilustradas con grabados, edicion de Gaspar y Roig. La coleccion de las obras de este célebre autor, se publica en la forma y al mismo precio que las de Julio Verne. Van publicadas las siguientes:

En el mar.—*William el grumete*.—*La granja del desierto*.—*Los jóvenes Boers*.—*Los cazadores de girafas*, (segunda parte de los *Cazadores de plantas*).—*Los desterrados en la Selva*.—*Veladas de casa*.—*La cazadora salvaje*.—*Los naufragos de la selva*.—*Oceola, el gran jefe de los Seminolas*.—Cada uno á..... **Rs. 4**

Biblioteca científica-recreativa.—Esta biblioteca, que es la explicacion amena, instructiva y compendiada de las maravillas, fenómenos y secretos de la naturaleza y de las ciencias físicas, se compone de tomos de unas 200 páginas en 8º, ilustrados con numerosos grabados explicatorios del texto. Se publica uno mensualmente, por Gaspar y Roig, acreditados editores de Madrid. Van publicadas:

Viaje por debajo de las olas.—*Las habitaciones maravillosas*, dos tomos.—*Los grandes fenómenos de la Naturaleza*.—*Los secretos de la playa*.—*El mundo antes del diluvio*.—*Los monstruos invisibles*.—*Historia de un pliego de papel*.—*Mi casa (descripcion ingeniosa del cuerpo humano)*. Cada tomo á..... **Rs. 4**

La capitana Cook, por D. José de Castro y Serrano.—Basta el nombre de este autor para deducir la bondad intrínseca de esta última produccion de Castro y Serrano, pues su fama es muy grande, lo mismo en la Península que en América. *La capitana Cook* es una novela interesantísima, con estudios de viajes, en los cuales abundan muy bellas descripciones y conmovedores episodios.

Un volumen en 8º mayor, elegantemente impreso..... **Rs. 8**

Poesías de D. Bernardo López García.—El sucesor de Quintana, llaman los críticos españoles á ese poeta, cuyas composiciones, deslumbradoras por sus imágenes y robustos versos, respiran un entusiasmo indescriptible y un patriotismo sin límites.

Un volumen en 4º mayor, de 300 páginas..... **Rs. 17**

El libro de la juventud ó deberes del hombre, por Silvio Pellico, traducido por D. José Zorrilla y D. F. Pareja de Alarcon.—Nueva edicion, precedida de una introduccion de Mr. Latour, y seguida de un discurso crítico filosófico sobre el verdadero estado de la civilizacion actual y la parte que toca á la juventud en el porvenir de los pueblos, por el Sr. Pareja de Alarcon.

Un volumen en 8º, de 162 páginas..... **Rs. 6**

ADVERTENCIAS.

Todas estas obras se hallan encuadradas á la rústica, cuando no se expresa que están empastadas. Los precios son iguales para todos los puntos de la Isla, siendo de cuenta de esta casa los gastos de remision al interior. Los pedidos, que deben venir acompañados de su importe en sellos, billetes de banco ó letra sobre la Habana, se dirigirán bajo cubierta certificada á *La Propaganda Literaria*, calle de O'Reilly, 54.—HABANA.

Establecimiento tipográfico de "La Propaganda Literaria," CALLE DE O'REILLY, NUM. 54.